

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.**15 CENTIMOS NÚMERO**
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

CANTARES

Me niegas la palabrita
ca ves que pretendo hablarte;
á otro le querrás tu hablar
y ese no querrá escucharte.

Carifíco que empezó
en un Domingo de Ramos,
¡quién había de pensar
que acabara en Vienes Santo!

No llores más por quien lloras,
no siembres querer en peñas,
que la simiente no agarra
y el agua no cala en ellas.

Tan lejos aquel de mí...
Tan cerca como á este tengo.
El que está lejos, ¡qué cercal
El que está cerca, ¡qué lejos!

Yo me quisiera morir
porque quien muere descansa...
¡Yo me quisiera morir
sin saber que tú me matas!

Por ella olvidé á mi madre;
¡ya ves tú si la quería!
y ella me olvidó por otro;
¡ya ves tú si Dios castiga!

VICENTE MEDINA.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS...	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

CASTELAR

(FRAGMENTOS DE SUS OBRAS)

Precio: 3 pesetas.A los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, **2,50 pesetas.**

EL CORAZÓN DE JESUS

Con ser tan escasa la civilización de este país, hay que reconocer que á muchos españoles les estorba lo que de europeos tienen, y en su deseo de retroceder á lo que ellos llaman la *época feliz*, apelan á los medios más ridículos.

No basta haber hecho reir á todo el mundo bendiciendo bayonetas en nombre de un Dios de paz y caridad, y santificando batallones por medio de las arengas de los obispos, procedimiento infalible para marchar rectamente á la desgracia y la derrota; no basta haber solicitado del Dios del cristianismo el exterminio de nuestros semejantes, entonando para ello rogativas y dedicando novenas á las momias más acreditadas de la Península en esto de obrar milagros; no basta aún la vergonzosa *plancha* del fanatismo español, al cual han contestado los inquilinos del cielo con una derrota por cada procesión y una burla sangrienta por cada golpe de pecho; y ahora, cerrando las ojos al escarmiento, no queriendo ver que si caemos es por exceso de confianza religiosa y falta de instrucción, la masa montaraz, roma de entendimiento é intransigente en sus odios, que sostiene aquí los ideales reaccionarios, en vez de ocultarse afrentada por su fracaso, se atreve á mostrarse más insolente y agresiva.

Asombra la frescura de tales elementos. Obispos hay que se han atrevido á asegurar que la ruina de España es por falta de religión, como si aún pudiera ser capaz de mayor fanatismo un pueblo que tiene entregada su enseñanza á frailes y jesuitas; que acoge en su seno á los religiosos de todos colores y sexos, arrojados á puntapiés del resto de Europa; que pierde un imperio colonial como el de Filipinas por no causar la menor molestia á los pobrecitos misioneros, respetables mozos de cordel á quienes bastó trasquilarse la cabeza, almacén de rústicos sermones, para vivir en plena Jauja amparados por los pobres militares, que iban allá á padecer y morir para que ellos viviesen tranquilos; un pueblo, en fin, que cuando llega la hora de las economías mete la mano en todo... menos en el presupuesto del clero. ¡Y aún dicen que caemos por falta de religiosidad! Los fanáticos de sacristía afuera, creyendo á puño cerrado lo que les dicen desde arriba, se imaginan que la ruina nos viene de la impiedad, que aquí nos perdemos por no rezar bastante, por no dirigirnos Dios á todas horas por conducto del jesuita y del fraile, cuyas recomendaciones valen más allá arriba que las del simple cura, y para ayudar á la regeneración del país plantan á la puerta de sus casas ó en las persianas (!) de sus balcones un corazón artístico como un pimientito, con la siguiente inscripción: «En esta casa se adora el Corazón de Jesús.»

Bueno... Nos alegramos de saberlo, aunque sólo gente chismosa, mal educada y averiguadora, como es la que pulula en cofradías y hermandades, puede tener interés en escudriñar lo que piensa ó lo que adora el vecino.

Figúrense esos beatos que adornan la entrada de sus casas con una pieza anatómica y una declaración que nadie les exige, figúrense, repito, que en un rapto de imbecilidad contagiosa nos diera á todos por seguir su ejemplo y plantáramos en la puerta lo que deseamos y adoramos.

Por ejemplo: yo pondría la imagen de un jesuita con la sotana remaigada y saliendo por pies, y debajo esta inscripción: «Aquí se adora á Carlos III, no por rey, sino por haber creído al conde de Aranda»; y otro de más allá, según sus gustos, pintaría un tonel con este anuncio: «En esta casa se venera el vino»; y el de más lejos un trofeo taurino con este lema: «No hay más Dios que el Guerra y el Bomba su profeta»; y el vecino un corsé con esta divisa: «Gloria al sexo debil»; y de este modo conseguiríamos que al entrar el forastero en una ciudad, viendo en todas las puertas la profesión de cada vecino, dijera con acento de convicción:

—Ya sé donde estoy. Yo conozco al alcalde de esta ciudad. Es el doctor Esquerdo.

Hablando en serio (si es que en serio puede hablarse de esos mentecatos que colocan el corazón de Jesús en las puertas, á modo de esas placas que indican que la finca esta asegurada contra incendios, no nos estraña el arranque de ostentación de esos fanáticos; es más, lo consideramos racional.

Son seres que, aunque exteriormente parecen civilizados y visten á la europea, llevan dentro de sí al salvaje que sueña con nostalgia en los tiempos de barbarie, de vida animal contenida y reglamentada por el miedo al diablo, á quien temen más que á Dios.

Y ese salvajismo interno tira de ellos de vez en cuando, arrastrándoles á que inconscientemente imiten á la gente falta de civilización.

La puerta de la casa más ó menos artística, es para el civilizado un lugar de paso, en el que no fija su atención.

Pero entre la gente salvaje es otra cosa. El moro pinta en ella una mano de bermellón con los cinco dedos bien abiertos para ahuyentar las enfermedades; el asiático coloca el idolo panzudo, con la mirada fija en el ombligo y sumido en extática contemplación, que aleja al demonio del mal; el indio americano planta ante su cabaña los enormes mogotes rematados por fantásticas cabezas, que aterran á los malos espíritus; el negro de Africa cuelga en la entrada de su *kraal* los milagrosos amuletos que velan su sueño... y el indio de España, ya que no ha llegado para él la ansiada hora de pasear por los montes el corazón de Jesús en forma de escupulario con el «detente balas», lo coloca en su puerta con la misma adoración irracional que el moro, el chino, el indio y el otentote sienten por sus fetiches.

¡El Corazón de Jesús!... Si los fundadores de la Iglesia volvieran al mundo, abominarían de su obra al ver cómo la han puesto de San Ignacio de Loyola acá.

Desde que la religión es en toda Europa arma política contra la libertad; desde que los jesuitas son los directores del catolicismo, las antiguas imágenes han

quedado arrinconadas para ceder plaza á otras de su invención.

De la imagen de Jesús crucificado, de aquellos Cristos severos y sombríos de la antigua devoción, que expresaban de una manera trágica y conmovedora el drama del Calvario, sólo se acuerdan los curas simples, que dicen misa ó predicán para la muchedumbre, para la morralla, para la gente pobre, que únicamente da algún ochavo á las almas del purgatorio.

Hoy lo que vale es cantar al son de un harmonium en una capilla azul ó rosa, como una decoración de opereta, y oír al padre jesuita, que en estilo meliflúo y ante públicos de *hombres solos* ó de *señoras solas*, ensalza el milagroso poder del hermoso mancebo rubio, perfumado y rizado, que sonríe en lo alto del altar, y desabrochándose la túnica tersa como un chaleco, muestra un corazón de color cereza con su moñete de llamas.

Hay dos catolicismos: uno el de Cristo y la Virgen á la antigua usanza, el del clero secular que, salvo raras excepciones, procura vivir y que le dejen tranquilo, y en el cual el principal defecto es un exceso de su misión, ante el otro catolicismo que avanza arrogante, y le atropella; el catolicismo elegante, político y avasallador, que puebla el cielo con nuevos santos; el catolicismo de los jesuitas, que ha inventado el Corazón de Jesús como bandera de combate y la Virgen de Lourdes como burla á la ciencia.

Ese catolicismo es el que hace que sus adeptos exhiban sus emblemas en la vía pública: el que, á modo de hierro de ganadería, los marca con el sacro corazón.

A primera vista parece insignificante y ridículo esto de colocar tales emblemas en las puertas de las casas. Mas para los que conocen los procedimientos del jesuitismo, nada tiene esto de despreciable.

El jesuita es un cuchillo traidor que se introduce sutilmente con la hoja vertical. Una vez se hunde hasta el puño, gira entonces, agrandando la herida.

Ahora sólo se trata de placas en las puertas de los adeptos.

Si esto se consiente, vendrá después la distinción social entre los que exhiben el corazón de Jesús y los que no lo exhiben; vendrá la guerra á los comercios é industrias que se niegan á ostentar tal emblema; el sitio por hambre á los que no quieran aparecer públicamente con el collar de la jesuitica jauría.

Aún es tiempo.

Ya saben todos lo que deben hacer con esos grotescos adornos que van á convertir las calles de las ciudades españolas en aldeas del Congo, pobladas de fetiches.

BLASCO IBÁÑEZ.

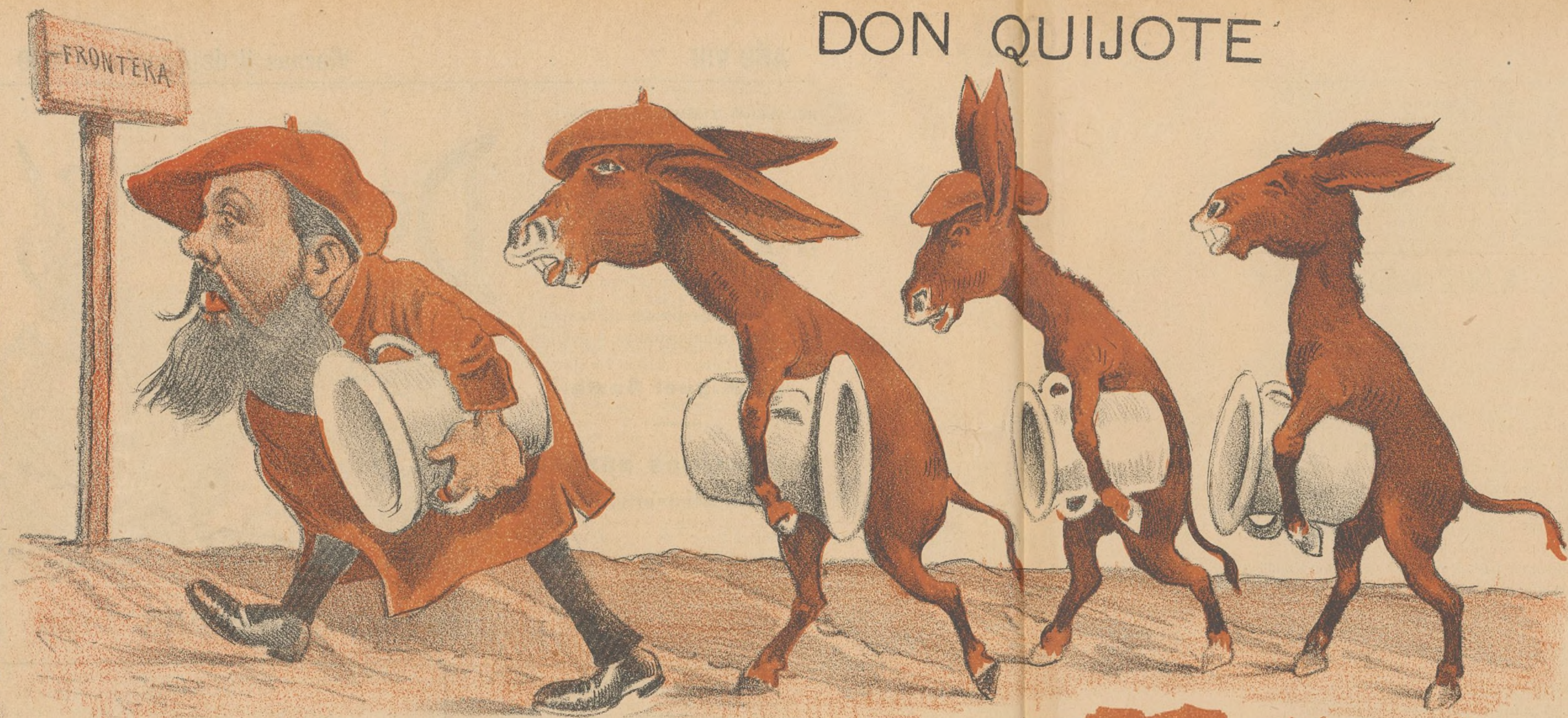
EL BURRO Y POLAVIEJA

—Dicen que con el burro, Polavieja de modo extraordinario simpatiza, y que, en virtud de una costumbre añeja, al ver al animal serio y prudente, contéplale en silencio largo rato. La presencia del burro le electriza, é influye en él tan poderosamente, que el límite traspasa del exceso, pues, según asegura mucha gente,

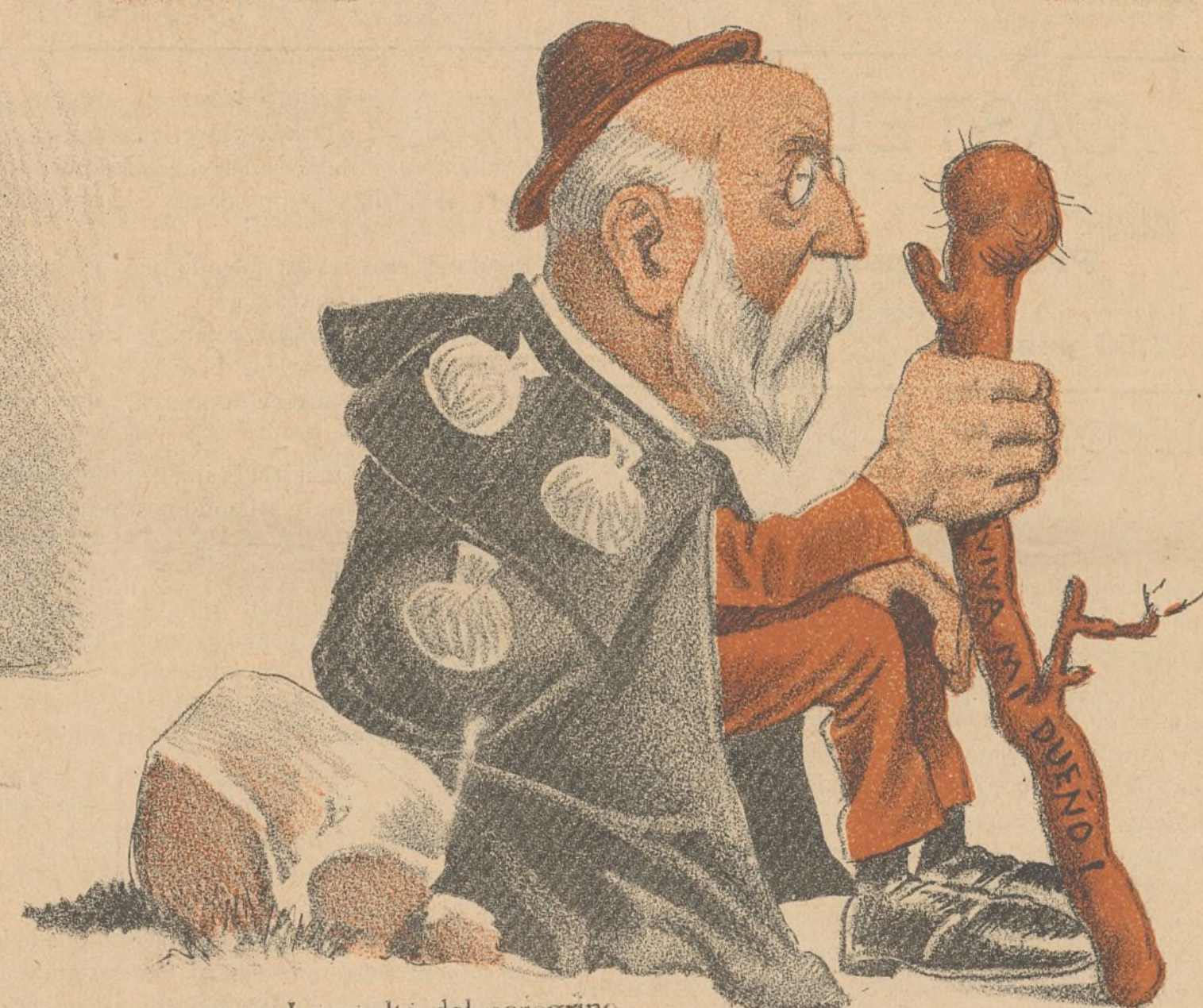
DON QUIJOTE



Don Quijote convertido.



¡A obrar! ¡A obrar!



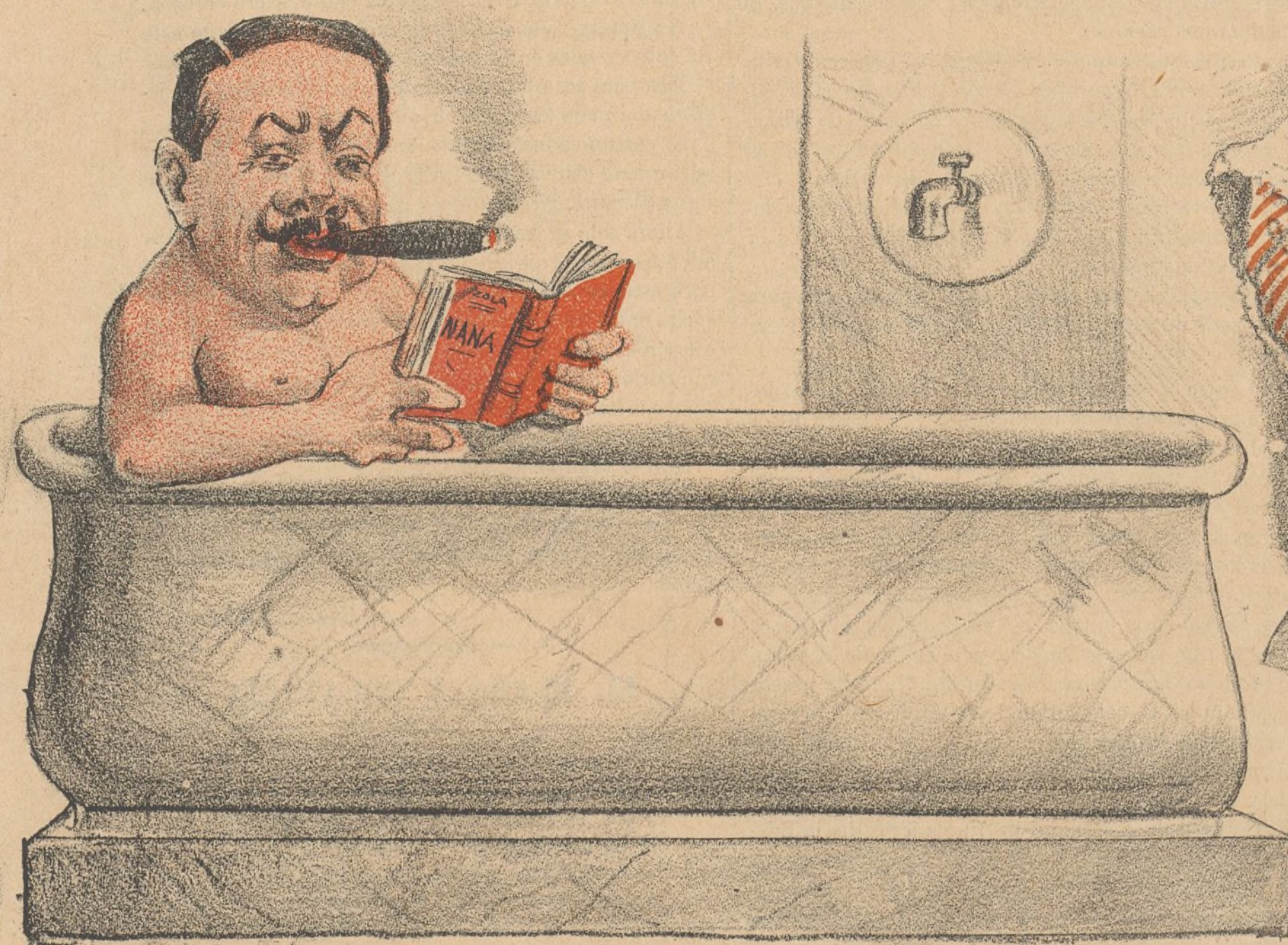
La vuelta del peregrino.
Vengo con más conchas que me fui.



Quien quiera peces, que se moje, etc.



—Lo mismo para el uno que para el otro.



Reformando los presupuestos.



¡Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía!



—¡Buena viaje, mi general!

Lit. de la Unión de M. Bantista, Jesús del Valle, 22



ha tres semanas sorprendióle Dato depositando en la serena frente de un burro, dulce y voluptuoso beso, Nadie comprende eso que unos llaman manía y otros aberración ó tontería. «Yo, que conozco al general, me explico la rara simpatía que siente hacia el borrico.» De este modo decía en el café á un amigo cierto día, mientras absorto, el hombre, intentaba sonar en la negrura de aquella extraña obcecación sin nombre. —Debe ser ese un caso de locura— mi amigo prorrumpió. —No, no está loco el general.—Quizá la gran paciencia del burro admire.—No es eso tampoco. —Acaso su bondad y su elocuencia á Camelo seduzcan.—No.—¿Quién sabe si la imponente calma del asno, augusta y grave cual la de un pensador, conmueve el alma del antiguo rancharo!—Con la clave del enigma no das.—Pues sin reparo vencido me declaro. Sobre esta ardua cuestión más no discurro.— Y yo punto final puse á la homilia, diciendo:—El general quiere así al burro... porque es de la familia.

PEDRO BARRANTES.

EL CISMA

Extrañas é inexplicables son para la conciencia moderna las antiguas contiendas dogmáticas. Que la sangre se haya derramado á torrentes á propósito de la distinción sutilísima entre el «Homousos» y el «Homoiuousos», no nos cabe ya en la cabeza. Pero, después de todo, en aquellas grandes luchas se trataba de fijar el dogma, de definir la fe, de determinar la doctrina. Un cisma promovido por dos prelados de la Iglesia sobre si en el Estado ha de dominar Juan ó Pedro, es todavía más incomprensible. ¿Qué se diría del soberano temporal que se metiese á hacer dogmáticas declaraciones? La religión política lleva en sí implicado este asunto. Se discute al César en nombre de Dios, pese al Evangelio. Se distribuyen las coronas de la tierra en representación de aquel que dijo que su reino no era de este mundo. Los intereses terrenos perturban y profanan el santuario de las conciencias. La paz moral es imposible. La propia unidad religiosa se rompe y desvanece. En Sevilla, sólo los carlistas se creían católicos; en Toledo, los Alfonsinos. De esta suerte la religión, que es, según su significación etimológica, lazo de unión entre los hombres, se transforma en causa de lucha é instrumento de guerra civil.

¡Á LA CÁRCEL!

El Gobierno ha comenzado su «campana regeneradora de verano» mandando encarcelar á los distinguidos colaboradores de *El Nacional* Sres. Urquía, Paez Jaramillo y Escamilla.

¡Eso! ¡Duro y á la cabeza con los defensores de la verdad y de la justicia!

¡Y viva la libertad de la prensa!

¿LE CONOCES?

Su seráfico rostro es el retrato del más santo varón que vino al mundo. ¡Qué fecundo en virtudes, qué fecundo!

¡Qué amable, encantador, es en su trato!

Preséntase el grandísimo... beato como hombre de saber, grave, profundo, y es sólo un almacén de lodo inmundo, y no es hombre de bien siquiera un rato.

Se postra ante el altar como un bendito, parece humilde allí y es altanero, pretende ser santón y es un maldito...

Cuando ante Dios lo miro, considero ¡si le pide perdón por su delito, ó le pide la bolsa del dinero!...

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Á LA JUVENTUD

¡Oh, juventud, juventud! Sueña en la gran obra que te espera, yo te lo suplico; tú eres el obrero futuro que has de echar los cimientos del siglo próximo, que sin duda viene llamado á resolver los problemas de verdad y de igualdad planteados por el siglo que acaba; nosotros los viejos, los mayores, te dejamos el formidable montón de investigaciones, muchas contradicciones y obscuridades tal vez, pero seguramente el esfuerzo más apasionado que siglo alguno ha hecho hacia la luz, los documentos más verídicos y el más sólido fundamento

de ese vasto edificio de la ciencia que tú debes seguir edificando para tu honor y tu felicidad.

Sólo te pedimos que seas más generosa, más libre de tu espíritu; que nos sobrepujes por tu amor á la vida normalmente vivida, por tu esfuerzo puesto por entero en el trabajo, esta fecundidad de los hombres y de la tierra, que sabrá hacer crecer al fin la desbordante cosecha de alegrías bajo el sol espléndido. Nosotros te cederemos fraternalmente el sitio, felices de desaparecer y descansar, nuestra parte de labor cumplida, en el reposo de la muerte, si sabemos que tú continúas nuestra obra y que realizas nuestros ensueños.

¡Juventud, juventud! Acuérdate de los sufrimientos de tus padres en las terribles batallas donde supieron vencer para conquistar la libertad que tú disfrutas ahora. Si te sientes independiente, si puedes ir y venir á tu gusto, decir en la prensa lo que piensas, tener una opinión y expresarla públicamente, es porque tus padres han dado para ello su inteligencia y su sangre.

Tú no has nacido bajo la tiranía; tú ignoras lo que es despertar cada mañana con el pie de un amo sobre el pecho; tú no te has batido para escapar al sable del dictador y á las falsas razones de un mal juez.

Agradécelo á tus padres, y no cometas el crimen de aclamar la mentira, ayudando la campaña de la fuerza brutal, la intolerancia de los fanáticos y la voracidad de los ambiciosos. Al fin de ese camino hallarías la dictadura.

¡Juventud, juventud! Inclínate siempre hacia la justicia. Si la idea de justicia se oscurece en tí, te amenazarán todos los peligros. Y no te hablo de la justicia de nuestros códigos, que es más que la garantía de los lazos sociales. Ciertamente hay que respetarla; pero hay una más alta idea de justicia; la que sienta por principio que todo fallo de los hombres puede hallarse sujeto á error, y admite la inocencia posible de un condenado, sin creer que por esto se insulta á sus jueces.

¿No es este un asunto que debe sublevar tu ardiente pasión de derecho? ¿Quien se levantará para exigir que se haga justicia, sino tú, que no estás en nuestras luchas de intereses y de personas, que no estás aún atada ni comprometida por ningún negocio ambiguo, que puedes hablar alto, con toda pureza y buena fe?

¡Juventud, juventud! Sé humana, sé generosa. Aunque nosotros nos equivoquemos, ven con nosotros cuando decimos que un inocente sufre una pena horrible y cuando nuestro corazón sublevado se parta de angustia. Que se admita un solo momento el error posible y, en vista de tan desmesurado castigo, el corazón se oprime y las lágrimas brotan en los ojos. ¡Bueno que los carceleros permanezcan impasibles; pero tú, tú que todavía lloras y que debes ser accesible á todas las miserias y todas las piedades!

¿Cómo no te atrae ese ideal caballeresco? Si en cualquier parte hay un mártir sucumbiendo bajo el odio, ¿cómo no sueñas en defender su causa y libertarlo? ¿Quién, si no tú, acometerá tan sublime aventura, se lanzará en una causa peligrosa y grande y hará frente á un pueblo en nombre de la ideal justicia? ¿Y no te sientes avergonzada, en fin, de que sean tus hermanos mayores, los viejos, los que apasionen y hagan hoy tu obra de juvenil locura?

EMILIO ZOLA.

EL SAPO

Es lo horrible, lo deforme que se arrastra por el suelo; el hijo de la inmundicia, de la cloaca el engendro, el ruin producto del lodo, viscoso, estúpido, abyecto, entusiasta de la sombra, que sólo se halla en su centro cuando en la sucia hondonada de su lóbrego agujero aspira de la podrida tierra el aire húmedo y fétido.

Miradle: al vibrar sus rayos el puro sol del invierno, él sale de su escondrijo como de la Peña el cuervo. Sus negras patas desliza sobre el barrizal infecto, lanzando el ronco *jeracel*, agria voz de su garrate estrecho, é indolente permanece mostrando el informe cuerpo á la luz que le abriga con auríferos reflejos, como si dorar quisiera en el asena de aquel fuego la mostruosidad extraña de sus repulsivos miembros.

Muchas veces he pensado, al ver al sapo, en silencio, con sus ojos reventones contemplando el firmamento: «Quizá la densa y profunda noche de su instinto espeso se rasga á trozos, y siente en su nostálgico anhelo de bestia y reptil, el ansia de algo grande, de algo inmenso,

al ver él, el vil esclavo de las negruras del cielo, las tenues nubes que flotan en los abismos etéreos, el raso resplandeciente de los espacios sin término, y la alondra, que elevando tranquila y plácida el vuelo, entona su himno brillante junto á los pies del Eterno.»

LANZADAS

—Escucha, Sancho, y oirás ruido de espadas, sonar de tiros y escándalo y bulla en todas partes.

—Nada oigo, señor; y eso que la pródiga Naturaleza me dotó de dos grandes y hermosas orejas.

—¿Que no oyes, dices? Entonces te habrás vuelto sordo como Silvela...

—Digo, señor, que no oigo ni el ruido de un Gómez Imaz. Mire vuesa merced, no sea el son que escucha algún molino de viento.

—¡Qué molinos de viento ni qué Liniers, digo, ni qué calabazas! Desde que te has hecho ministerial, Sancho, ni ves, ni oyes, ni entiendes.

—Lo mismo le pasa á mi jefe y señor Don Francisco Silvela, y, sin embargo, ya le ve vuesa merced, tan fresco y orondo, de amo del Gobierno.

—¿De modo, desgraciado, que no oyes los gritos de protesta del país, gritos de desesperación, amenazadores, rabiosos, terribles?...

—Nada oigo, señor.

—Ven acá, empecatado Sancho, y escucha.

—Sí... Ahora me parece oír gritos subversivos, vivas y muertas, gran alboroto. ¿Y qué es lo que ocurre, señor, cuál es la causa de ese motín?

—Los eternos antagonismos entre católicos y libre-pensadores... Provocaciones de los carlistas á los republicanos... La lucha entre la reacción y la libertad...

—Pues no es flojo el escándalo que arman entre unos y otros. Y, dígame vuesa merced, ¿dónde ocurren esos sucesos?

—Hoy en Valencia y Castellón, mañana quizá en toda España...

—Ahora me parece oír gritos de dolor, ayes, quejidos...

—Sí, es un recaudador de contribuciones, á quien han asesinado en Francoi.

—Jurara que ahora se oyen voces de protesta.

—Son los huelguistas de Bilbao.

—¡Válgame Dios, y cómo se me ha desarrollado el oído! ¿Y esos lloros, señor, que se escuchan, y que son capaces de acongojar al mismo Polavieja?

—Son las madres, son las viudas, son las hijas de los prisioneros españoles de Filipinas que lloran por el abandono en que las tiene el Gobierno.

—Pues ahora se oyen silbidos.

—Será que pasa algún ministro.

—¿Y esas voces que suenan atronadoras, en dialecto para mí desconocido?

—¡Guarda, Sancho; son catalanistas en uso de sus funciones.

—Pues juro á Dios, señor, que no quiero oír más, y que ahora mismo me tapo las orejas, y el que quiera oír que oiga y el que quiera escuchar que escuche, que yo á mi sordera me atengo, y pasen carros y carretas, que yo no he de verlas; y con la reacción, ¡chitón!

—¿De modo que quieres ser sordo, ciego y mudo?

—Sí; lo mismo que Silvela y demás compañeros mártires. ¡Es de la única manera que se puede ser ministerial en España!

Libros:

Se han publicado los últimos cuadernos del *Diccionario de la vida práctica*, importantísima obra, editada por los señores Bailly Baillière, indispensable en toda biblioteca, de utilidad para todas las personas.

Recomendamos muy eficazmente á nuestros lectores la adquisición de este libro.

Guía del escribiente.—En 170 páginas se halla condensado un curso completo de elementos caligráficos, seguido de una colección de muestras de letras; un metódico compendio de redacción y corrección de estilo; instrucciones generales que deben seguir los amanuenses; equivalencia y reducción de monedas; reglas para hallar en todos los casos el interés y descuentos; signos, cifras y abreviaturas admitidos en los escritos; división general de España, é infinidad de datos curiosos é interesantes que importa mucho conocer á los oficinistas.

Se halla de venta en la librería editorial de Bailly-Baillière é Hijos, plaza de Santa Ana, 10, Madrid, y en todas las librerías de España y América.

BIBLIOTECA DE "DON QUIJOTE,"

El Padre Sanz, por Pedro Barrantes. (Denunciado.)

Don Carlos, por Miquel Sawa. (Denunciado.)

Polavieja, por Pedro Barrantes. (Denunciado.)

Precio de cada folleto: 20 céntimos.

Para los corresponsales y suscriptores de Don QUIJOTE, 15 céntimos.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo. Apodaca 18.